

mientos gigantescos atestiguan, que no es fuerza lo que le falta, sino medios de ejecucion.

Si el poder de nuestra alma sobre la materia alcanza proporciones que nos son desconocidas, ¿cómo medir el de los angeles, espíritus puros de una naturaleza tan superior a la de nuestra alma? (1) ¿Cómo, sobre todo, se calculará el poder del primero entre los espíritus? Y ese es Satanás el rey de la Ciudad del mal. "El primer ángel que pecó, dice San Gregorio, era el jefe de todas las gerarquías. Como á todas excedia en poder, así se le aventajaba en brillantez." (2)

Para no citar más que un ejemplo de lo que puede, contentémonos con recordar la historia de Job. Con la mira de probar la virtud de este santo hombre, Dios permite á Satanás emplear contra él el poder de su odio, dentro de ciertos límites. En un abrir y cerrar de ojos, condensa las nubes, desencadena los vientos, enciende el rayo, conmueve la tierra, y los edificios de Job quedan arruinados. Sus ganados han desaparecido; sus hijos han muerto. Unos pocos instantes le han bastado para causar todas esas ruinas. Tan pronto como se le conceda permiso, empleará todavía menos tiempo en cubrir á Job, de piés á cabeza, de úlceras purulentas; y del más esplendoroso príncipe del Oriente hará un mendigo solitario y el patriarca del dolor.

Más tarde, lo vemos atacar, sin conocerle, al Hijo mismo de Dios. Con la rapidez del rayo lo trasporta sucesivamente

1 Hoc ipsum quod anima quodammodo indiget corpore ad suam operationem, ostendit quod anima tenet inferiorem gradum intellectualitatis quam angelus, qui corpori non unitur. 1 p., q. LXXV, art. 7.

2 Primus angelus qui peccavit, dum cunctis agminibus angelorum prælatus eorum claritatem trascenderet, ex eorum comparatione clarior fuit. . . Ille qui peccavit fuit superior inter omnes. *Homil. xxxiv in Evang. et S. Th.*, 1 p., q. LXXVII, art. 7 et 9.

te del fondo del desierto al pináculo del templo y á la cima de una montaña. Allí, por medio de uno de esos prestigios que nosotros no podemos comprender y le son á él tan familiares, hace pasar ante la vista del Verbo encarnado todos los reinos de la tierra con todos sus esplendores. Pero lo que el Rey de la Ciudad del mal era en tiempo de Job y de la redencion, eso es en nuestros dias. La misma naturaleza, y por consiguiente el mismo poder y el mismo odio al hombre y al Verbo hecho carne. De aquí le viene otro nombre.

Se llama homicida, homicida por antonomasia, *homicida ab initio*. Homicida siempre, homicida de intencion, homicida de hecho, homicida de todo lo que respira, homicida del cuerpo, homicida del alma. Y este nombre lo tiene demasiado justificado.

Homicida del Verbo encarnado. En el instante mismo en que el misterio de la Encarnacion le fué revelado, se hizo homicida. Para hacer fracasar el plan divino, concibió el pensamiento de matar al Verbo encarnado. Lo mató en su corazon y fué homicida ante el Padre, ante el Hijo, ante el Espíritu Santo, ante el mundo angélico, hasta que, andando los tiempos, lo fuera en realidad ante el mundo humano. (1)

Homicida de los angeles. Arrastrándolos en su rebelion, fué para ellos causa de su condenacion, es decir de la muerte eterna. (2) Hacer que perezcan, en cuanto los espíritus pueden perecer, á centenares de millones de criaturas, las más felices y hermosas que hayan salido de la nada, qué carnicería y qué crimen!

Homicida de los santos. Lo que fué en el cielo, lo es tambien en la tierra. Homicida de Adán, homicida de Abel,

1, *Rupert.*, in *Joan.*, lib VIII, n 242. m.

2. Lucifer fuit aliis causa damnationis sive mortis aeternae. Unde Christus dicit: *Ille homicida*, scilicet angelorum, quibus fuit causa mortis aeternae, *erat ab initio*, id est post initium. *Fig. c. III*, §2, v. 15.

homicida de los profetas, homicida de los justos del mundo antiguo, imágenes proféticas del Verbo encarnado. El Verbo es á quien en ellos persigue y atormenta y mata. Homicida de los apóstoles y mártires, continuacion viva del Verbo encarnado. El Verbo es tambien, siempre el Verbo, á quien en ellos insulta, y ultraja, y azota, y despedaza, y mutila y quema y mata y matará hasta que se acabe el mundo.

Homicida del hombre en general. El introdujo la muerte en el mundo. No ha habido una agonía, que él no haya causado; no se ha derramado una gota de sangre, que no recaiga sobre él; no se ha cometido un asesinato, de que él no haya sido el instigador. Los envenenamientos, los asesinatos, las guerras, los combates de gladiadores, los sacrificios humanos, la antropofagia, todo esto viene de él. Homicida especialmente del niño, que es la imagen más perfecta y más amada del Verbo; por millares es menester contar los que ha hecho inmolar á su odio en todos los pueblos de Oriente y Occidente, y los que continúa inmolando todavía.

Es homicida, no solamente instigando al hombre á que mate á sus semejante, sino induciéndole á que se mate á sí mismo. El suicidio es obra suya. Lo probaremos en otra parte haciendo ver que el suicidio en grande escala no se ha visto en el mundo más que en dos épocas; en que el reinado de Satanás ha estado en su apogeo. En el entretanto, citaremos el testimonio de uno de nuestros obispos misioneros "¡Cuántos hechos podría yo referiros para demostrar más y más el poder que Satanás ejerce sobre los infieles, si en esto cupiera duda! Entre mil, hé aquí uno que es ordinario en China, lo mismo en el Su-Tchuen que aquí en Mandchuri, y que está atestiguado por millares de testigos. Cuando por alguna disputa que haya tenido con su suegra ó con su marido, por haber sido golpeada ó maltratada de palabra, se decide alguna mujer á ahorcarse (y el caso es frecuen-

te en este imperio,) no es necesario colgarse. La desdichada se sienta sobre una silla ó en su klang (especie de estrado), se pasa al cuello el fatal cordon, y el que fué homicida desde el principio se encarga de lo demás... él aprieta el nudo. (1)

Mas no le basta matar los cuerpos. El hombre es imagen del Verbo encarnado principalmente por su alma; y contra el alma sobre todo se dirige el gran homicida. Su existencia no es más que una cacería de almas, ¡y qué matanza hace en ellas! Tiene á sus órdenes millares de cazadores y millones de verdugos. Por todas partes tiene lazos tendidos; por todas partes caen víctimas. De los primeros está cubierta la tierra; de las segundas lleno el infierno.

La idolatría, que ha reinado y reina todavía en la mayor parte del globo, ¿qué es, sino un inmenso matadero de almas? ¿Quién es la causa que consume tan eruel iniquidad? El gran homicida, oculto bajo mil nombres y mil formas diferentes. (2) En el seno mismo del cristianismo, ¿de dónde proviene la tendencia funesta y de dia en dia más general, que empuja tantos millones de almas al suicidio de sí mismas? No ciertamente del Espíritu Santo; sino como siempre de homicida eterno. (3) Tal es la guerra encarnizada é im-

1 *Annales de la Propag.*, &c. 1851, n. 175, p. 428. Carta de Mgr Véroilles, obispo de Mandchuri.

2. Causa idolatriæ consummativa fuit ex parte dæmonum, qui se colendos hominibus errantibus exhibuerunt in idolis, dando responsa, et aliqua, quæ videbantur hominibus mirabilia, faciendo. Unde in Ps. XCV, dicitur: Omnes dii genium dæmonia. *S. Th.*, 2 2, q. xcix, art. 4.

3. *S. Th.* 1 p., q. lxiv, art. 2; *id.*, *id.*, cxiv, at. 3; *idr.*, 1 2, q. lxxx, art. 4 -- *El Cómputo general de la administracion de la justicia de Francia durante el año 1860* hizo constar, que el número de los detenidos por ultrajes públicos al pudor se quintuplicó, y aún más, de 1826 á 1860, elevándose desde 727 á 4,108 y en especial de 1856 á 1860 la progresion fué todavía mayor. Añádase, que de 40 años acá el número de crímenes de todo género se ha aumentado en más de un 20 por 100.

placable que Satanás hace al Verbo encarnado y que le hace merecedor del nombre de Homicida. Todavía tiene otros.

Se llama Demonio, *Daemon*. Para designar á Lucifer, los divinos oráculos dicen el Demonio, esto es, el más temible demonio, el rey de los demonios. La ciencia asombrosa de las cosas naturales, y la no menos asombrosa que tiene del hombre en general y de cada uno de los hombres, del carácter, inclinaciones, hábitos, temperamento, en una palabra, de las disposiciones morales de cada cual, han hecho que se le dé este nombre que significa: *Inteligente, sabio, vidente*. No puede leer inmediatamente en nuestra alma; más por las ventanas de nuestros sentidos ve lo que en ella pasa. Nuestros ojos, nuestra cara, el tono de nuestra voz, los movimientos de nuestros miembros, nuestro andar, la manera de vestirnos, nuestro continente, nuestro modo de comer, nuestro comportamiento en todas las cosas, son otros tantos indicios de que él saca consecuencias ciertas para tendernos redes y arrojarnos dardos.

Se llama Diablo, ó más bien, el Diablo *Diabolus*. Este nombre, más odioso que todos, significa calumniador. Dos cosas constituyen la calumnia, la mentira y el ultraje. Desde ambos puntos de vista, Lucifer es el calumniador por excelencia.

Por lo que se refiere á la mentira, su nombre presenta al entendimiento un conjunto horrible de hipocresía, fraude, arteria, astucia, engaño, malicia, bajeza y descaró. Su vida es una mentira continua: él inventó la mentira, es la mentira viviente: *Mendax et pater mendacit* Mintió en el cielo; miente en el mundo: le mintió á Adán; miente á toda la descendencia de este. Miente en sus promesas, miente en sus amenazas; y hasta miente cuando dice la verdad; porque no lo dice, sino para mejor engañar. (1) Msente en

1. *S. Th.*, 1 p., q. LXIV, art. 2 ad 5.

todo; miente con audacia: miente siempre, y todas sus mentiras son ultrajantes.

Desde este segundo punto de vista, es también digno de su nombre. Calumniar, es decir, blasfemar, y ultrajar al Verbo encarnado; calumniarle en su Divinidad, en su Encarnación, en su veracidad, en su poder, en su sabiduría, en su justicia, en su bondad, en sus milagros y beneficios: calumniar á la Iglesia su esposa; calumniarla en su infalibilidad, en su autoridad, en sus derechos, en sus preceptos, en sus obras, en sus ministros, en sus hijos; provocar así el odio y el desprecio del Verbo hecho carne y de todo lo que le pertenece, tal es, y la historia lo prueba, la ocupación incesante del rey de la Ciudad del mal.

Se llama Satanás, *Sátanas*. Este último nombre compendia todos los demás. Satanás quiere decir *adversario, enemigo*. Enemigo de Dios, enemigo de los ángeles, enemigo del hombre, enemigo de todas las criaturas, enemigo infatigable, implacable, en acecho noche día, y para quien todos los medios son buenos: enemigo por excelencia, que reuniendo bajo de sí á todas las potencias hostiles con su astucia y su fuerza, las pone al servicio de su odio; tal es el ángel caído.

En presencia de semejante enemigo, solamente la presuntuosa ignorancia puede permanecer al descuido y desarmada. Otros son los pensamientos del talento y diferente su conducta. Andar siempre cubierto con la armadura divina, única que puede preservarnos de los dardos inflamados de Satanás, es su solicitud del día y su preocupación de la noche.

Aprovechémonos de las advertencias que un terror demasiado justificado inspiraba á San Agustín: "¿Qué puede haber más perverso, ni más maligno que nuestro enemigo? Introdujo la guerra en el cielo, el fraude en el paraíso ter-

restre, el odio entre los primeros hermanos, y siembra la cizaña en todas nuestras obras. Vedlo: en el comer ha puesto la gula; en la generacion la injuria; en el trabajo la pereza; en las riquezas la avaricia; en las relaciones sociales la envidia, en la autoridad el orgullo; en el corazon los malos pensamientos, en los labios la mentira, y en los miembros las acciones culpables. Cuando estamos despiertos, nos empuja al mal; cuando dormimos, nos sugiere ensueños vergonzosos. Cuando alegres, nos lleva á la disolucion; cuando tristes, al abatimiento y á la desesperacion. Por decirlo todo con una sola palabra: efecto de su perversidad son todos los pecados del mundo." (1)

Su odio va más léjos. Como el Verbo encarnado acomoda los auxilios de su gracia á la naturaleza, posicion y necesidades de cada uno; así Satanás, aprovechándose de su penetracion, prepara diversamente sus venenos segun la disposicion particular de cada alma. Escuchemos todavía á otro gran ingenio: "La astuta serpiente, dice San Leon, sabe á quién debe presentar el amor de las riquezas; á quién los estímulos de la gula; á quién las excitaciones de la lujuria; á quién el virus de la envidia. Conoce al que le conviene confundir con la tristeza; al que debe seducir por la alegría, al que tiene que abatir por el temor; al que ha de fascinar por la belleza. Indaga la vida de todos, estudia los afanes, escudriña las afecciones, y donde ve que cada uno coloca preferentemente sus gustos, allí le arma la emboscada para hacerle daño." (2)

Tal es Satanás, el Arcángel condenado, el Rey de la Ciudad del mal.

1. Sed ut brevius loquar. omnia mala mundi sua sunt perversitate commissa *Serm. comm.*, IV.
2. Et ibi causas quærît nocendi; ubi quemcumque viderit studiosius, *Serm. VIII, de Nativ.*

CAPITULO XIII.

LOS PRÍNCIPES DE LA CIUDAD DEL MAL.

SUMARIO.—Los ángeles malos, príncipes de la Ciudad del mal.—Su gerarquía.—Los siete demonios que asisten al trono de Satanás.—Paralelismo entre las dos Ciudades — Número de los ángeles malos.—Su habitacion: el infierno y el aire; pruebas.—Sus cualidades: la inteligencia.

Su gerarquía.—Para saciar su odio contra Dios y contra el hombre, el rey de la Ciudad del mal no está solo. Manda en millones de espíritus, ménos poderosos que él, es verdad, pero igualmente horribles y no ménos malignos.

Mona de Dios, *simia Dei*, como le llama San Bernardo, Satanás ha organizado la Ciudad del mal conforme al plan de la Ciudad del bien. (1) En la Ciudad del bien hemos visto siete ángeles, escogidos entre todos, asistentes al trono de Dios, poderosos vireyes del mundo superior y del inferior. Y la Escritura nos muestra en la Ciudad del mal siete demonios principales que rodean á Lucifer y son como sus primeros ministros é íntimos confidentes. Los siete ángeles de Dios, por medio de los siete dones que tienen á su cargo, dirigen todos los movimientos de la humanidad hácia el Verbo encarnado. Los siete ángeles del demonio, ministro de los siete pecados capitales, hacen volver el mundo moral hácia el polo opuesto, que es el odio del Verbo. Serafines de Satanás, profundizan con su inteligencia en

1. Reducido este lenguaje á la exactitud teológica significa, que Satanás se ha aprovechado del orden gerarquico, de que no es autor, y ha vuelto contra el Verbo encarnado lo que primitivamente se habia establecido para gloria del mismo Verbo.